

CLAUDIO HERNÁNDEZ

CONFIDENCIAS DE UN

DIOS

Confidencias de un Dios

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2019.

Título: Confidencias de un Dios

© 2019 Claudio Hernández

© 2019 Diseño de cubierta: Higinia María

Código Safe Creative: 1906171184220

Este libro se lo dedico a mi suegro que siempre fue y será mi padre, desde el cielo, allá donde quieras que estés, necesito que sigas a mi lado en esta vida tan dura. También dedico este libro a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Duerme cariño, duerme...

Confidencias de un Dios

1

—¿Dónde está ese puto maricón? —preguntó la voz rajada; como si las cuerdas vocales vibraran como las de una guitarra eléctrica de un grupo de *rock*. Y al final de todo, se podía escuchar una sonrisita jocosa y malvada a la vez.

El papa Francisco se separó el teléfono del oído y miró el dispositivo como si allí hubiera algo interesante. Desde que había abierto una jodida cuenta de Twitter, las críticas eran algo muy común por parte de los ateos y las alabanzas por aquellos fieles seguidores de la religión eclesiástica también.

Pero lo que acababa de oír le hizo escuchar los latidos de su corazón en las sienes, y sintió como si alguien con un palo le removiera las tripas, y al final, tristeza y una carga moral y de culpabilidad.

Se acercó el teléfono al oído lenta y oficiosamente.

—Hijo mío. Reconozco que ha habido y hay obispos, arzobispos, curas e incluso cardenales que son de una condición sexual distinta. A eso me refiero que reconozco que dentro de la iglesia católica existe lo que se le conoce como hombres homosexuales. A eso se le llama Gay y por su parte podría haber resultado muy grosero con ofender a este conjunto de personas que nacieron en cuerpos distintos o quizá, me atrevería a decir, equivocados. Pero lo respeto. No hay nada de malo en ello si existe consentimiento...

—Bueno, déjese de cháchara. Lo siento. No quería decir eso exactamente. No va conmigo esta actitud. Pido perdón a toda la comunidad Gay. —Aquella voz se quebrantaba con el discurso y en parte el papa Francisco podía advertir cierto arrepentimiento y a la vez, cierta mentira en su tono de voz.

—Está bien. Lo dejamos ahí. El buen respeto no debe faltar nunca —acució Francisco. Se miró el enorme anillo rojo de su dedo corazón y añadió—. ¿Es usted creyente?

—No.

—Dios no acoge solo a los creyentes, sino también a aquellos que son ateos y bautizan a sus hijos. Entonces Dios, ¿olvidará a ese hombre cuando muera? No. Antes entra un ateo que bautiza a sus hijos que un creyente no practicante que...

—Que... que... —interrumpió la voz. Ahora sonaba como un timbre metálico. En el fondo de la comunicación el silencio era atrapado por los chasquidos que no deberían escucharse en pleno siglo XXI. No era un intercomunicador empleado en la segunda guerra mundial. Era un jodido teléfono y de los de última generación.

El papa respiró profundamente y sintió que algo malo le iba a decir. Lo presentía y por ello no le temblaría el pulso a la hora de contestar.

—Soy paciente. Me acaba de interrumpir y creo que sé en lo que está pensando. No es que lo vea en la distancia. Es solo una intuición. Dígamelo y acabemos con esta conversación.

Reinó un silencio ominoso.

Las palomas aleteaban sobre la basílica y el ruido era creciente después, rompiendo en dos, el silencio profundo y lejano.

—Acaba de soltarme una perorata con los que Dios elige y ahora me dice que cree saber lo que pienso. La verdad, nunca había conocido un papa así. No me lo esperaba

para nada. Se nota que la iglesia debe adaptarse a los tiempos que corren...

—Suéltelo —le atajó Francisco. Sus ojos no brillaban y sus labios parecían estar sellados como una cremallera ajustada. Se llevó el dedo corazón hacia la boca y la piedra del anillo produjo un ruido seco al tocar sus dientes delanteros.

—Está bien. Se lo diré ya. ¿Qué opina de los abusos sexuales a los menores dentro de la iglesia?

Francisco no contestó de inmediato y escuchó el jadeo de aquella voz que no reconocía, preguntándose cómo demonios había obtenido su número de teléfono. Al papa le gustaba rodearse de escolta y seguridad Sueca. Algo había fallado, pero lejos estaba el ponerse nervioso. Impasible como siempre, contestó:

—Eso es un pecado que no tiene perdón en estos momentos. Los involucrados deben pedir perdón y marcharse de la Santa Sede. He abierto una guerra contra esto y he pedido perdón al mundo por ello. Si hay que entregar a un cura, un obispo, un arzobispo, un cardenal o un viejo nuncio a la policía para que los juzguen. Lo haré sin titubear. Y si son condenados con penas de cárcel, eso estará bien. ¿Tiene algo más que preguntar?

Se escuchó un chasquido como el resuello de una chimenea.

—Creo que eso está bien —dijo la voz áspera—. Eso está bien, pero morirán dentro de una semana.

Y colgó.

El papa Francisco se quedó mirando al teléfono como si allí resplandecieran los ojos de aquel hombre, pero no vio nada. Estaba sentado en un sillón rojo y con los antebrazos dorados. Se dejó deslizar en el hueco y dejó el teléfono sobre la mesa de madera de roble alargando un brazo pesado y lento. Después de esto, perdió la mirada mientras rumiaba.

Algo le decía que iba a estar mal.

Y que después de todo, sería peor que los pedófilos, porque hablaba de muerte y quizá de tortura. No supo por qué esta última palabra se le vino a la cabeza, pero si sabía que por delante tenía un camino de espinas que recorrer.

Y se preguntó por quién se había interesado en el comienzo de la conversación.

2

Cada policía o cuerpo de policía, cuidaba de su perro en su país y Dios tomaba cuentas en todos los estados miembros de la Unión Europea. Así era y es EUROPOL. Chad Chamberlain, cuyo nombre no era para nada europeo, estaba hostigando un cigarrillo entre sus largos dedos. El humo del tabaco se enroscaba en el aire y penetraba en sus fosas nasales como una droga que necesitaba inhalar para estar en forma. Ese día llovía. Era otoño y el chapoteo de sus zapatos le había acompañado hasta el porche del edificio, bueno, más allá de la entrada majestuosa que se levantaba como una montaña al que le había segado una cruel guillotina.

Cada gota de agua que se estrellaba sobre su corto pelo, era como un pequeño pellizco sin dolor. La gabardina, oscura como un cuervo, lamia el riachuelo que se había formado al lado de los escalones. Tenía la espalda húmeda y parecía tener una plancha helada entre su gabardina y su piel erizada. Chad tenía barba rala y unos ojos grises que conquistaban a cualquier mujer. Su nariz era larga y curvada. Hacia la izquierda, pero era un defecto que no lo notabas si le mirabas de lado. Su piel, aún estando delante del edificio World Forum Convention Center, en La Haya: era oscura. Los países bajos le habían sentado bien. Tratar de ocultar su descontento en una oficina en los sótanos le había convertido en un hombre fuerte, sin emociones, y que se pasaba la mayoría del día con un semblante serio. No gastaba bromas. No le gustaban los chistes. Era frío y calculador y ahora, parecía que iba a volar de su nido, después de tantos años. Su destino; París.

La Catedral de Notre Dame y no, no creía en las profecías de Nostradamus. Aunque los eruditos o zumbados, de-

cían que algo iba a pasar ese año.

Era delgado y tenía una estatura de 1,85. Calzaba un 47 y tenía un Rolex brillando después de todo, en la muñeca derecha. Aun cuando llovía o nevaba. Siempre brillaba.

Se llevó el cigarrillo mojado a los labios encharcados de agua y tragó una calada. Respiró profundamente y tras escasos segundos, empezó a soltar humo hasta por los oídos, como una máquina de tren de vapor al que se le había reventado la caldera.

La lluvia seguía acariciándole la cara y el cogote cuando miró aquellas feas nubes que parecían grandes piedras chocando entre sí. Tan negruzcas como el carbón. Sus párpados se cerraron un instante. Podía sentir el zumbido de la lluvia y oler la humedad de las paredes, así como del césped que rodeaba el edificio. Y la tierra. También olía la tierra.

Y se preguntó qué demonios había sucedido, para que al fin le dejasen viajar a otra parte de Europa. EUROPOL estaba coordinada con la policía de cada país, pero tenía la competencia en los 28 estados de la UE. Aunque no llevaban distintivos ni armas reglamentarias. Siempre, bajo coordinación, podían enviar a sus expertos en cualquier país miembro.

Y Chad no iba a viajar solo.

Estaba Mohamed Khun.

El humo del tabaco formó un anillo blancuzco que se elevó lentamente en el aire, desafiando las rasgaduras de las gotas de la lluvia. Y ascendió hasta que se hizo tan grande que formó una niebla opaca y después, traslucida hasta extinguirse como un pequeño Big Bang.

Frédéric, capitán de policía en París, pues ya estaba en desuso llamarle inspector oficial de Policía, era un hombre menudo, sin barba, pero sí con un bigote que terminaba en dos extremos puntiagudos. Tan largos que se convertía en la inquietante sonrisa de un payaso. Sin embargo, tenía los labios prietos y apenas respiraba por no hacer ruido. Su mirada de ojos marrones, estaba clavada en la pared falsa que habían descubierto los operarios de obra justo detrás del órgano de la Catedral de Notre Dame, un destacado instrumento, obra de Aristide Cavallé-Coll antes de 1900, y que ahora estaba recubierto de un plástico negro como si allá abajo se escondiese un moribundo.

—¿Cómo dice que descubrieron esto? —preguntó casi en un susurro. Su voz era ronca y tenía las manos cruzadas a su espalda. Su uniforme se movía en el hueco de la pared como una sombra desvaída.

El hombre mayor, vestido con un mono de todos los colores menos azul, movió la mano antes de expresarse:

—Teníamos que apuntalar aquí unos andamios cuando al golpear la pared nos dimos cuenta de que se escuchaba un sonido como si fuera hueca. Eso indicaba que no era una pared segura y que un clavo ahí se desprendería a la primera de cambio. Mi compañero Jean. —Señaló a un hombre de estatura alta y ataviado, este sí, con un mono azul—. Tuvo la certeza de que la pared estaba hueca. Con sus nudillos hizo una serie de pruebas y me contó que el agujero era demasiado grande como para ser una simple ventana tapiada. Como ya sabe, esta Catedral ha tenido muchas reparaciones y no sospechamos nada al principio, hasta que algo mohoso nos invadió las fosas nasales. Yo me eché para atrás sabe...

—Bueno, está bien. Ya ha dicho suficiente —le atajó Frédéric con los dientes apretados. Su mirada seguía siendo más inquietante que lo que había detrás de la pared o lo que suponía que había, pues todavía no lo había visto.

Los hierros y las tablas estaban en todas partes, como hojas laxas en un bosque. El capitán de policía levantaba quejumbrosamente los pies y soltaba bufidos cuando giraba sobre sus talones al pisar uno de aquellos tubos huecos que proyectaban un chirriante ruido al girar sobre el suelo helado.

—Está bien señor, yo solo quería contarle que abrimos el agujero a la altura del pecho y que tras oler algo fétido de un lugar oscuro, decidimos parar y hacer la llamada de urgencia. No sé lo que puede haber aquí dentro.

Frédéric miró al hombre clavándole los ojos en los suyos. Tenía delante de sí, a un hombre liviano, tranquilo, pero que ahora parecía algo nervioso por el descubrimiento. Casi podía ver cómo le temblaban sus manos. La voz se rajaba como una caña y disminuía de volumen paulatinamente.

El otro trabajador, los miraba de forma inquietante sin decir una sola palabra. Al rato llegaron dos hombres más, en realidad, jóvenes que no llegaban a los treinta. Todos estaban sucios y llenos de manchas.

—Yo creo que ahí dentro hay un nido de ratas muertas —se apresuró a decir uno de los jóvenes. Su dedo índice estaba señalando el agujero del tamaño de una pelota de fútbol.

El hombre de la ley lo miró de reojo y tras esto, aun con las manos en la espalda, se inclinó para ver a través del agujero. Lo único que vio fue la oscuridad total y percibió, eso sí, el olor nauseabundo y mohoso a la vez. Un olor extraño que no era fétido ni áspero. Y pensó, que quizás tenía razón el chico: allí dentro habría ratas.

Los gendarmes estaban pegados en el culo del capitán como si fueran su propia sombra, pero proyectaban tres si-

luetas en distintos ángulos como si allí hubiera más de un foco encendido. Como en un estadio de fútbol.

—Está bien —dijo finalmente, apartando la cara de aquel jodido agujero. Se apoyó en la parte de un lado del órgano y las tres sombras desaparecieron para rodearles bajo una nota que sonaba de un instrumento que adquiriría de altos honores para tocarlo—. Os autorizo para ampliar el diámetro del agujero. Necesito saber que hay ahí detrás. Según mis superiores no tendría que haber ninguna cámara secreta aquí, entre el órgano de las narices y la pared. Esto es un buen escondite y los tubos como chimeneas de este trasto hacen que uno nunca pueda mirar por detrás.

Cuando terminó la perorata cabeceó dos veces.

El sonido de sus voces respondía en cada pared de la Catedral, en cada sillería del coro y en cada claristorio, dejando para más adelante, la reverberación que se producía al final del ábside.

Y mientras los trabajadores cogieron el martillo para picar la pared, en algún lugar de Europa estaban Chad y Mohamed de camino en un tren Thalys (THA) sin saber una mierda de lo que estaba sucediendo. A Chad le aterraban los aviones.

No había suficientes incertidumbres como para empezar una buena aventura y trazar una investigación puntillosa y peculiar. No. Al contrario. Las tenían todas. Absolutamente todas.

Si algo destacaba en un caso nuevo, es que primero debías pisar la mierda. Así de sencillo.

Porque no sabrías por donde empezar a limpiar esa mierda de la suela de tu zapato.

Mohamed tenía una barba negra, casi poblada y sus ojos marrones parecían dos avellanas luciendo dentro de unas cuencas demasiado grandes para ellos. Daba la sensación de que si asentía con la cabeza esos ojos saltarían fuera de sus órbitas. Tenía puesta una chaqueta de cuero más negra que el tizón y los pantalones eran unos vaqueros recién planchados, que también eran oscuros. No había hecho falta planchar un vaquero, pero él era así de especial. Si hubiera podido se hubiera planchado los mocasines.

—Si hubiéramos cogido un avión, ya estaríamos en el destino —rezongó Mohamed mientras movía las manos como aspas. Estaba arrebuñado en el asiento del tren. Frente a Chad, quien lo contemplaba con sus ojos grises en la más pura incertidumbre.

—¿Qué pasa? ¿Tú no tienes ningún tipo de fobia?

El traqueteo del tren, casi inaudible, pero sí como el zumbido de un moscardón de los grandes, amortiguó el tono de su voz sesgada.

—Si tengo una fobia —acució Mohamed. Sus ojos se habían dilatado sin sentido alguno—. Tengo fobia a mírate fijamente a los ojos Chad. Hay veces que das miedo. Y otras, no sé con qué saltarás en tu verborrea. A veces desconciertas.

Chad se repantigó en el asiento de color gris con una raya negra. Al mover las piernas, mostró unos zapatos marrones y los pantalones de pana marrón. Aunque la gabardina del vampiro lo acompañara siempre como una segunda piel. Chad era bastante peculiar. Esa gabardina parecía ahora el mantel de una mesa justo antes de comer un asado de Buey.

—Tú eres gilipollas —aseguró sin sonreír un ápice. Tenía los brazos cruzados y ahora el pie derecho reposaba sobre su rodilla izquierda. En esa posición, mostró un calcetín rojo.

Una mujer de mediana edad, que estaba sentada toda tiesa como una estaca, justo al otro lado del pasillo, lo miró con una sonrisa malévola en sus labios. El marido tenía la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, por la que pasaban largos y desvaídos árboles a toda velocidad. Parecía que todos, y cada uno de aquellos árboles verduzcos entraban por su cabeza, la atravesaba como una descarga eléctrica y después salían como una lluvia de balas por detrás.

—Sí, claro. Si tú lo dices. Será así —sonrió Mohamed mostrando su dentadura blanca de entre la barba poblaba—. Pero te recuerdo que soy tu compañero de fatigas y que te he salvado el culo en más de un caso.

—Jajaja. —Aquello no parecía una carcajada, sino un JAJAJA forzado y analizada letra por letra; consonante y vocal—. Diviértete mientras puedas moreno.

Mohamed se llevó dos dedos a los labios y le lanzó un beso.

—En todo el viaje no hemos hablado de nada sobre nuestro nuevo caso.

—Sí, es verdad. Porque no estoy tan seguro de qué vamos a hacer en Francia.

—En la Catedral más visitada del mundo —se apresuró a decir el hombre de rasgos árabes.

Chad le clavó la mirada.

—Ahora que recuerdo. El señor Tinner me dijo algo con respecto a una cabeza cortada que habría aparecido en la mismísima punta de la torre principal. Es decir, la aguja. La que araña las nubes antes de una jodida lluvia. Así que prepárate para subir hasta allí arriba. Son setenta metros de nada. Ahora hay unos andamios que alcanzan esa altura y yo pienso que tú eres el indicado para acceder a la puta ca-